

¿Qué es el GIRM?

GIRM es el acrónimo para las palabras en Inglés que significan Instrucción General del Misal Romano. El Misal Romano está compuesto de dos partes: El Leccionario para la Misa y lo que actualmente se llama Sacramentario, el libro con oraciones e instrucciones (rúbricas) para la celebración de la Misa.

La primera edición del GIRM fue publicada en 1969. Presenta la perspectiva teológica y las leyes litúrgicas que gobiernan la forma en que celebramos la Misa en el Rito Romano en todo el mundo. El GIRM ha sido ligeramente modificado desde el Concilio y ha pasado ahora por otra revisión.

El Misal Romano en sí mismo ha también pasado por varias revisiones. La edición revisada del Leccionario para la Misa de los Domingos, los días entre semana, Misas rituales y Necesidades y Ocasiones Varias ha sido ya traducido al Inglés y se usa en los Estados Unidos. El Sacramentario ha sido recientemente revisado, pero solo se encuentra disponible en Latín. Pasarán varios años antes de que exista una traducción aprobada en Inglés. Cuando esto suceda, se podrán introducir otros cambios en la manera en que la Iglesia Católica del Rito Romano celebra la Misa.

Los Padres del Concilio Vaticano Segundo se dieron cuenta de que había una constante necesidad de cambios continuos en la liturgia. "... en donde sea necesario, los ritos deberían ser cuidadosamente revisados a la luz de la tradición y de que den nuevo vigor para cumplir con las circunstancias y las necesidades de los tiempos modernos" (Constitución sobre la Sagrada Liturgia), (CSL #4) Esto significa que aunque nuestras prácticas litúrgicas puedan cambiar de vez en cuando, las creencias fundamentales de nuestra fe, en las cuales está basada la liturgia no cambian.

Debido a que nuestra Iglesia cree en la inculturación de la liturgia en las diversas culturas "para la vida del mundo" los obispos de

cada país han recibido de la autoridad Romana el permiso de adaptar ciertas partes del GIRM para que la celebración de la Misa sea celebrada de acuerdo a las costumbres locales. Los Obispos de los Estados Unidos han adaptado algunas de las normas para las diócesis de los Estados Unidos.

Una de las adaptaciones llevadas a cabo por los obispos de EU es la referente a las Normas para la Celebración y Recepción de la Santa Comunión bajo ambas formas. Estas normas proporcionan instrucciones sobre la forma en que la Santa Comunión debe ser distribuida y recibida en los Estados Unidos.

Otro tipo de adaptaciones son los indultos Un indulto es un permiso especial para cambiar o modificar una ley existente. Los Obispos de EU han solicitado y recibido varios de estos.

La siguiente serie de artículos explicarán el espíritu del Vaticano II como se encuentra en la Constitución sobre la Sagrada Liturgia, y las normas revisadas de las adaptaciones de EU encontradas en el GIRM o Instrucciones Generales sobre el Misal Romano. *(Estos documentos se encuentran en venta en cualquier Librería Católica o puede pedirlos prestados en el Centro Arquidiocesano de Recursos. Puede también visitar el sitio del Vaticano en www.vatican.va así como en el sitio Web de la Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos en www.usccb.org).*

Una de las críticas sobre la implementación de los cambios en la liturgia después del Vaticano II fue que muchos Católicos no entendían de dónde provenían los cambios y el por qué se hacían. De hecho, muchos clérigos decían lo mismo. Esperamos que a través de estos artículos y de otras formas de catequesis arquidiocesana todos podamos entender mejor la liturgia que nuestra Iglesia nos está llamando a celebrar.

El Vaticano II y la Constitución de la Sagrada Liturgia (CSL)

El **Concilio Ecuménico Vaticano Segundo** se llevó a cabo en cuatro sesiones de octubre de 1962 hasta diciembre de 1965. El Vaticano II fue el primer concilio que incluyó obispos de todo el mundo -2540 obispos estuvieron presentes para la apertura del Concilio. Los Concilios Ecuménicos no son simplemente juntas de los líderes de las Iglesias. Son reuniones del Papa y de todos los obispos del mundo actuando juntos. Este tipo de Concilios produce la forma más elevada de la ley de la iglesia.

El primer cuerpo de ley que surgió del Vaticano II fue la **Constitución de la Sagrada Liturgia (CSL)**. La CSL proporciona un plano de la continua reforma en la Iglesia. Esta reforma, lejos de ser el principio de algo nuevo, incrementa el entendimiento y la práctica de la liturgia en la Iglesia Primitiva, y aún así, es capaz de responder a las necesidades de los tiempos. Sus principios están basados en el misterio inmutable de nuestra fe. La profundidad de la reforma presentada en la CSL no ha podido ser totalmente implementada en solo 40 años. Aún hoy en día estamos en el proceso de entendimiento y aplicación de su visión litúrgica.

Los **principios claves** de la CSL son:

1. El corazón de la liturgia es la celebración del **Misterio Pascual de Jesucristo** – su vida, muerte y resurrección, por las cuales hemos sido redimidos. Esta significa que no hay Misas “temáticas”. El “tema” de cada Misa es el Misterio Pascual. A través del año, la liturgia de la iglesia reflexiona en los varios aspectos del Misterio Pascual. (CSL #7, 102, 106).
2. Cada celebración litúrgica es una **acción de Cristo junto con su cuerpo, la Iglesia**. Ningún otro tipo de oración

o devoción pueden igualar a esta acción sagrada. (CSL #7).

3. En la liturgia, la cual incluye la Misa, los Sacramentos, y la Liturgia de las Horas, **Cristo está presente** en muchas formas – en la persona del **ministro**, en la **Santa Eucaristía** partida y compartida, en la **Palabra de Dios** proclamada, y en la **asamblea del Pueblo de Dios**, la cual ora y alaba conjuntamente. (CSL #7).
4. Todos los fieles deben de ser guiados a una **total, consciente y activa participación en la liturgia**. Su intención es ser considerada sobre todas lo demás. Dicha participación es tanto un **derecho como una obligación** por la razón de su bautismo (CSL #14). Esto no solamente es deseado, sino demandado por la misma naturaleza de la liturgia.
5. **La Catequesis** (educación religiosa) del clero y de los fieles es indispensable si la comunidad quiere **estar totalmente al tanto de lo que está haciendo**, activamente envuelta en el rito, y enriquecida por sus efectos(CSL #15-19).
6. La liturgia se compone de elementos inmutables (sin cambios), divinamente instituidos, y de **elementos** sujetos a cambios. Estos no solo pueden, sino que **deben ser cambiados con el paso del tiempo** si es que ya no **expresan más las cosas santas que representan**. (CSL #21).

La Liturgia como Oración Comunitaria

Muchos de nosotros recordamos la Misa anterior al Concilio Vaticano Segundo en forma cariñosa. Asistíamos a Misa no solo por el sentido de obligación, sino porque era el tiempo de cada semana que estaba reservado para "Dios y para mí."

Mientras asistíamos a la Iglesia en grandes números, asistíamos también como individuos. No hablábamos o interactuábamos uno con el otro durante la liturgia. Cada uno se concentraba en su propia plegaria. Algunos rezaban el rosario o alguna otra oración devocional. Algunos leían libros religiosos. Algunos trataban de seguir la Misa que se decía en Latín, siguiendo el "misal para el pueblo." Algunos oran silenciosamente desde el fondo de su corazón. La Misa que se celebraba anterior al Vaticano II era a la que los católicos asistían, pero también era en la que raramente unían sus plegarias.

Esta no fue la liturgia Eucarística de la Iglesia temprana. De la enseñanza de la escritura y la liturgia en el inicio del siglo XX, aprendimos que la iglesia primitiva celebraba la liturgia en comunidad, como el pueblo de Dios, devoto a Dios y uno al otro en el Señor Jesucristo. Ellos de una manera completa, consciente y activa, participaban en el sacrificio de la Misa como el derecho y la obligación de su bautismo en Cristo.

A través de los siglos, por un gran número de razones, la Misa se convirtió cada vez menos en la celebración del pueblo de Dios bajo la dirección del obispo o el sacerdote. La Misa en cambio se convirtió en la plegaria del clérigo. Puesto que su lenguaje continuaba siendo el Latín, mucho después que el Latín dejó de ser el lenguaje del pueblo, la Misa se convirtió en algo cada vez más y más intangible para las personas comunes. Es por eso que el pueblo desarrolló sus propias

plegarias y devociones en la Misa, puesto que su participación no era necesaria o deseada. Conscientes de este desarrollo histórico, el Consejo de Padres deseaba restaurar partes de la liturgia, para celebrarlas como había sido en los inicios de la iglesia. En ninguna parte fue más evidente que en La Constitución de la Sagrada Liturgia. "Y así la iglesia dedicó cuidadosos esfuerzos para evitar que los devotos Cristianos asistieran a este misterio de fe como si fueran extraños o silenciosos espectadores; en su lugar, teniendo un buen entendimiento de este misterio, pensaron que el ritual y las oraciones, debían ser compartidas en un evento de adoración, conscientes de lo que estaba pasando y devotamente involucrados" (CSL #48)

Así que cuando asistimos a Misa, sea Domingo o día de la semana, la iglesia nos llama a participar activamente como una comunidad de creyentes bautizados. Esta participación activa puede tomar muchas formas – cantos comunes y silencio, acciones y posturas comunes, escuchar y responder en forma común. Pero sobre todo, la Iglesia nos llama a "prestar atención" a lo que Dios está haciendo alrededor de nosotros y entre nosotros, mientras celebramos la sagrada liturgia.

De hecho, el Consejo de Padres nos recuerda que la participación nunca es exitosa a menos que sea preparada para "celebrarse con la disposición apropiada tanto de corazón como de mente. Lo que (devotos) piensan y sienten deberá estar de acuerdo con lo que dicen; deberán hacer su parte en el trabajo de gracia que viene desde arriba si es que no lo han recibido en vano" (CSL, #11).

Las Cuatro Formas de la Presencia de Cristo

Cuando los Obispos se reunieron para el Concilio Vaticano Segundo, uno de los puntos principales que establecieron inmediatamente con relación a la liturgia es que Cristo está presente en la liturgia en cuatro maneras únicas. Estas son:

- Especialmente, en la Eucaristía partida y compartida;
- En la persona del ministro;
- En la palabra de Dios; y
- En la asamblea del pueblo de Dios (Constitución de la Sagrada Liturgia, CSL #7).

Este principio es considerado tan importante que la iglesia continua recordándonos que Cristo está presente para nosotros y en nosotros, no sólo en una o dos, sino en cuatro diferentes y especiales formas en dondequiera que celebramos la liturgia. Veamos a cada una de estas cuatro presencias de Cristo que experimentamos – sea de una manera consciente o no – cada vez que participamos en la Misa, cualquiera de los sacramentos, o en la Liturgia de las Horas.

En la publicación más reciente del Instructivo General del Misal Romano, (GIRM, por sus siglas en Inglés) que guía a los sacerdotes y a otros ministros litúrgicos al celebrar la Misa, la primera presencia de Cristo mencionada, es su presencia en la asamblea del pueblo de Dios (GIRM #27). Cristo está presente cuando la asamblea se reúne en su nombre. Esto es justo como él lo ha prometido: "Dondequiera que dos o tres se reúnen en mi nombre, estaré Yo en medio de ellos" (Mt. 18:20). Por tanto, cada vez que nos reunimos para orar y cantar en cualquiera de las liturgias de la Iglesia, Cristo está presente en y con nosotros.

Una Segunda forma en la que Cristo está con nosotros en la liturgia, es en la persona del ministro; Cristo está presente para nosotros en quien llamamos celebrante o sacerdote de la asamblea litúrgica. El celebrante dirige a la comunidad en oración y ayuda a entender las palabras y acciones de la liturgia. Cuando lo

hace, también actúa en nombre de la persona de Cristo, para nuestro beneficio. El celebrante hace esto por la forma en que habla y actúa - con dignidad, reverencia, y humildad – para que la presencia viva de Cristo sea comunicada por él y a través de él (GIRM #93).

La tercera forma de la presencia de Cristo para nosotros en cualquier liturgia que celebramos es la Palabra de Dios. No importa si participamos en la Misa, los otros sacramentos, o la Liturgia de las Horas, siempre escuchamos la Palabra de Dios proclamada en las Escrituras. Ya sea que la lectura sea del Antiguo o del Nuevo Testamento, Cristo está presente en esta Palabra. De hecho, al principio del Evangelio de Juan, escuchamos que Cristo **ES** la Palabra de Dios. Él es Dios hablando a nosotros. De manera que cada vez que escuchamos la Palabra de Dios, de la ley, de un profeta, un salmo, un evangelio, una carta, o cualquier otro pasaje de las Escrituras; Cristo está ahí para nosotros y con nosotros.

La cuarta forma de la presencia de Cristo para nosotros en la liturgia, está en lo que la iglesia llama "las especies eucarísticas". Esta es la preeminente presencia de Cristo. Cristo está especialmente presente en el pan y el vino que se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Lo que parece pan y vino se transforma verdaderamente en el Cuerpo y la Sangre de Cristo por el "tomar, bendecir, partir y compartir" del celebrante, de la asamblea reunida, y por la gracia de Dios. ¿No fue en el "partir el pan" que los discípulos en Emaús reconocieron a Jesús presente con ellos?

Por lo tanto, cuando recibimos estos sagrados elementos, nos convertimos aún más en el Cuerpo de Cristo. "Nos convertimos", como nos recuerda San Agustín en la iglesia del siglo 4^{to} – 5^{to}. "en lo que comemos y bebemos". En otras palabras, nos convertimos en Cristo presente, y el ciclo comienza de nuevo-- Cristo presente en la reunión de la asamblea, en el celebrante, en la proclamación de la Palabra de Dios, y en la fracción y el compartir de la Eucaristía.

Cantando la Liturgia del Domingo

Por miles de años la Iglesia ha estado cantando. Algunas de las palabras, tonos, e instrumentos han cambiado, pero desde la Resurrección de Cristo (y aún antes) aquellos que se reunían para la adoración estaban instruidos para cantar. La Constitución de la Sagrada Liturgia pone esto en claro. "La tradición musical de la Iglesia Universal es un tesoro de valor inestimable, mayor aún que cualquier otro arte. La razón principal de esta importancia consiste en que el canto sagrado esta muy apegado al texto, y forma una parte necesaria e integral de la liturgia solemne". (CSL #112). El GIRM revisado también nos dice que el cantar "es de gran importancia" en la celebración de la Misa. ¿Por qué? Cantar nos hace parte de una oración comunitaria que es más antigua y extensa que nosotros mismos. Es algo que debemos hacer juntos. Cuando cantamos juntos, oramos de una manera más fuerte.

Específicamente, el GIRM dice esto: ".. deberá tenerse cuidado de que el canto del ministro y el pueblo no esté ausente en las celebraciones que ocurren en Domingo y los días festivos de obligación" (GIRM #40). Así que, ¿cómo determinamos que cantar? La Iglesia nos proporciona guías llamadas "solemnidades progresivas." Esto simplemente significa que algunas partes de la Misa son más importantes y significativas que otras y por lo tanto deben ser cantadas.

Primero, la Iglesia nos dice que la Aclamación del Evangelio (Aleluya) y la Aclamación de la Oración Eucarística (Santo, Aclamación Memorial y Amén) son más importantes. ¿Por qué? Porque enfatizan las dos partes más importantes de la Misa: el Evangelio y la Oración Eucarística, y estas partes de la Misa nos revelan con sus palabras y sacramentos la presencia de Cristo. Estas aclamaciones deben ser cantadas en cada Misa (aún en días de semana). Los textos para estas aclamaciones están dados por la Iglesia y no deben ser cambiados.

En orden descendiente en solemnidad tenemos dos himnos procesionales: El Canto de Entrada y el Canto de la Comunión. ¿Por qué son estos

importantes? Porque el unir nuestras voces en el canto nos ayuda a experimentar comunión y unión uno con el otro y con Dios. El Canto de Entrada nos ayuda a convertirnos en comunidad, y el Canto de la Comunión expresa nuestra unión con Cristo y unos con otros a través de la unión de nuestras voces. La asamblea entera es llamada para cantar estos cantos en Domingos y días festivos de obligación.

Siguiendo en solemnidad tenemos el Salmo Responsorial. El cantar el Salmo Responsorial puede ser un reto tanto para los ministros de música como para la asamblea, porque el salmo cambia cada día. Para facilitar su canto la Iglesia proporciona la opción de un salmo por estación. Esto permite que la asamblea aprenda un salmo que puede ser cantado a lo largo de toda una estación litúrgica. El Salmo Responsorial deberá ser cantado los Domingos y en las liturgias de los días de guardar.

Enseguida en la lista están "los cantos ordinarios," como el Kyrie Eleison/Señor ten Piedad, Gloria/Gloria a Dios, Oración del Señor, Agnus Dei/Cordero de Dios y Profesión de Fe. Estos pueden ser o no cantados, dependiendo de la solemnidad de la Misa y de la naturaleza de la estación litúrgica.

Finalmente, tenemos cantos suplementarios: durante la preparación de las ofrendas, el canto de oración después de la comunión, y el canto intermedio. Estos deben ser considerados de menor solemnidad y pueden ser o no cantados.

La Iglesia nos llama a una participación activa durante toda la liturgia. El cantar las partes de la Misa que son de mayor importancia nos ayuda a conseguir esta participación activa, y nos permite experimentar la presencia de Dios entre nosotros. De igual manera que los primeros seguidores de Jesús se reunían para cantar salmos e himnos, nosotros también, unimos nuestras voces en cantos de alabanza a nuestro Dios.

Aclamaciones, Respuestas y Diálogos

¿Qué son exactamente las aclamaciones, respuestas y diálogos? Y, ¿cuándo ocurren durante la liturgia? Empecemos con algunas definiciones básicas.

ACLAMACIONES son expresiones de alegría de la asamblea, usualmente cortas, simples, y fáciles de cantar. Algunos ejemplos familiares incluyen: la Aclamación del Evangelio (Aleluya), Santo, Aclamación Memorial, y el Amén de la Oración Eucarística.

RESPUESTAS Y DIÁLOGOS a menudo se llevan a cabo juntos. El sacerdote o el diácono hacen una declaración a la que la asamblea responde. Un ejemplo de una respuesta simple es "Amén" con el que la asamblea da su afirmación a la oración o acción que se está llevando a cabo. Otro ejemplo es el saludo litúrgico "El Señor esté con Ustedes" a lo cual el pueblo responde "Y con su espíritu" creando un diálogo entre el sacerdote y la asamblea.

¿Qué es pues, lo que la revisión del GIRM nos dice sobre el propósito de estas aclamaciones, respuestas y diálogos? ¿Por qué son tan importantes? Por dos motivos relacionados: participación y comunidad.

La Iglesia llama a los creyentes a una "participación plena consciente y activa" en la liturgia. Estas aclamaciones, respuestas y diálogos facilitan la participación. El GIRM nos dice que las aclamaciones, respuestas y diálogos "crean y propician la comunión entre el sacerdote y el pueblo" (GIRM #34). Estamos llamados a hacer algo más que "asistir" a la Misa. Por nuestro bautismo la Iglesia espera de nosotros una participación activa cantando, orando, respondiendo y dialogando con Dios y unos con otros.

Cuando asistimos a Misa, nos reunimos como una comunidad, no simplemente como un grupo de individuos. La celebración de la liturgia es algo que debemos hacer juntos. Expresamos esto uniendo nuestras voces en la aclamación. Mostramos nuestra unidad al responder juntos. Participamos al unirnos en el diálogo. El GIRM nos dice que éste es el nivel de participación "que los creyentes reunidos tienen que contribuir en cada parte de la Misa" (GIRM #35). Es por esta activa participación que nos convertimos en una comunidad de fe.

¿Por qué es esta participación en comunidad tan importante? Esta es la manera en que adoramos juntos. La Iglesia nos dice que el sólo estar presente no es suficiente. Somos llamados a una participación, a unir nuestras voces en alabanza a la bondad de Dios. Así es como nos convertimos cada vez más en una comunidad, hermanos y hermanas unidos en Cristo.

Consideremos las conversaciones de la vida diaria. Imagínese que usted le pregunta a su esposo/a cómo fue su día y no obtiene respuesta alguna; o que invita a un amigo a cenar sólo para descubrir que no cruza palabra con usted; o que comparte buenas noticias con un compañero de trabajo y que simplemente éste lo ignora y se aleja. Nuestra participación en la vida depende del diálogo con otras personas, respondiendo a declaraciones y preguntas, aclamando y afirmando uno con el otro. De manera que, nuestra completa participación en la liturgia depende de nuestra contribución a los diálogos, aclamaciones y respuestas que son necesarias por la naturaleza de la celebración.

El Silencio en la Liturgia

"Mientras más callado estés, mejor escucharás." ¡Que verdadero es este proverbio contemporáneo en nuestro mundo lleno de tantos sonidos y tanto ruido! Nuestra vida está marcada por ruidos físicos, y de igual manera por sonidos internos de estrés, inquietud, preocupaciones, y actitudes negativas. Es solamente en los momentos de silencio cuando podemos escuchar el canto de un pájaro o el llanto de un niño, el crecer de una flor o el llanto de nuestros propios corazones.

La Iglesia reconoce esta realidad y nos invita a tener momentos de quietud en nuestras celebraciones litúrgicas. Puesto que, a menudo es solo en la quietud y el silencio que somos capaces de escuchar la voz de Dios. (Ver Reyes I 19:12).

En el GIRM revisado (#45), leemos "El silencio Sagrado como parte de nuestra celebración, debe ser observado en los tiempos designados." Esto significa que el silencio es una parte importante e integral en cada liturgia. Es llamado "sagrado" porque en este silencio nos encontramos con Dios, el Santísimo. También encontramos en él la santidad a la cuál cada uno de nosotros está llamado en virtud de nuestro bautismo.

En la Misa, el GIRM nos dice, estamos invitados al silencio en las siguientes cinco ocasiones:

- En el Acto de Penitencia
- Después que el sacerdote dice "Oremos"
- Después de cada lectura de las Escrituras
- Después de la Homilía
- Después de recibir la Comunión

Siguiendo la oración de entrada al inicio de la Misa, el celebrante invita a cada miembro de la asamblea a recordar sus pecados y reflexionar en la necesidad de arrepentimiento. Tal reflexión necesita ser realizada en forma individual, y de una manera breve lo hacemos en silencio.

Varias veces durante la Misa, el celebrante inicia una oración, llamada "oración colectiva", con la palabra "Oremos." Entonces hace una pausa para un pequeño silencio. Está invitando a cada uno de nosotros a que de una manera silenciosa e

individual "unamos" nuestro ser completo – cuerpo, mente y espíritu- para reconocer que estamos en la presencia de Dios y para realizar nuestras plegarias en este momento. El celebrante entonces "une" nuestras plegarias individuales en una sola, que expresa en voz alta.

Después de cada una de las lecturas y de la homilía, se nos permite un momento de quietud. Durante este tiempo se nos permite hacer una reflexión profunda sobre lo que hemos escuchado. El silencio nos invita a recibir la Palabra de Dios, alojándola en nuestros corazones (GIRM #56) y haciéndola nuestra.

El último de los tiempos designados para el silencio durante la Misa, es después de haber recibido la Comunión. Mientras todos estamos recibiendo el Cuerpo y la Sangre de Cristo, debemos simbolizar nuestra unión cantando juntos el Canto de la Comunión. Entonces se nos es dado un tiempo para la oración privada, para alabar y agradecer a Dios en nuestros corazones cuando la distribución de la Comunión ha finalizado (GIRM #88). Es en este momento cuando debemos sentir profundamente nuestra propia unidad con Jesucristo, a quien hemos recibido. También nos podemos preparar para salir y SER Eucaristía para todos aquellos que encontramos en nuestra vida diaria.

Estamos invitados también a tomar un momento de silencio personal una vez que tranquilamente saludamos a aquellos cercanos a nosotros, aún antes de iniciar la Misa. Esto es para que todos (celebrante, ministros, y asamblea) nos preparemos para el gran misterio que estamos a punto de celebrar (GIRM #45).

Estamos agradecidos por el reconocimiento de nuestra necesidad por el silencio, aún en nuestra liturgia. Así, con silencios intercalados entre las plegarias, lecturas, cantos y actividades de la Misa, estamos mejor preparados para realmente escuchar, no sólo con los oídos, sino también con nuestros corazones y nuestro ser completo, lo que Dios nos dice.

Posturas, Procesiones y Acciones en la Misa

La manera en que nos conducimos como comunidad en la liturgia simboliza nuestra unión con Cristo. No solo cantamos, hablamos y respondemos juntos, sino que juntos hacemos movimientos que profundizan y enriquecen nuestras plegarias. Cuando nuestros cuerpos participan de la plegaria, nosotros oramos con nuestro ser completo. Existen tres tipos básicos de movimientos que realizamos como comunidad en la liturgia: posturas, procesiones y signos.

Posturas – Las posturas dan significado y actitud a nuestras plegarias. **Sentados** es una postura para escuchar atentamente y meditar. El GIRM llama a la asamblea a sentarse para las lecturas antes del Evangelio y para un periodo de meditación después de haber recibido la Sagrada Comunión. **De pie** es una postura de respeto, honor, y reverencia. Desde los días del inicio de la Iglesia, estar de pie ha sido entendido como la postura de aquellos que han resucitado con Cristo. El GIRM llama a la asamblea a permanecer de pie durante el Evangelio, para la recepción de la Sagrada Comunión, y para muchas de las plegarias dirigidas a Dios. **De rodillas** significaba penitencia en los inicios de la Iglesia, de tal manera que a los fieles se les prohibía el arrodillarse en Domingo y durante la estación de la Pascua, que es cuando el espíritu de la liturgia es de alegría y agradecimiento. En tiempos más recientes, arrodillarse se ha convertido en una postura de adoración. Es por esta razón que el GIRM nos llama a arrodillarnos durante la Oración de la Eucaristía. Como el GIRM nos recuerda, "Una postura común.. es un signo de unidad de los miembros de la comunidad Cristiana reunida para la Sagrada Liturgia: expresa y acoge la intención y actitud espiritual de los participantes" (GIRM #42).

Procesiones – Las procesiones no son solo una forma de conducir al pueblo o a los ministros de un lugar a otro. Por sí mismas, son un ritual de expresión de quiénes somos y lo que buscamos. Somos peregrinos en una jornada, ¿Cuáles son algunas de las procesiones de la Misa? Tenemos la procesión de entrada, la procesión del Evangelio, la procesión de las ofrendas, la procesión de la Comunión, la procesión final. Cada procesión, si se realiza adecuadamente,

enriquece nuestras plegarias. ¿Qué compone una buena procesión? Lo que un liturgista nos dice, es que "...es una cuestión de momento y ritmo. Es una cuestión de comportamiento y gracia, es una cuestión de reverencia y espacio." Cada procesión tiene su propio carácter que intensifica la plegaria de toda la asamblea.

Durante el año litúrgico, nos involucramos también en otras procesiones – la procesión de las palmas en el Domingo de la Pasión, la procesión para la adoración de la Santa Cruz en el Viernes Santo, la procesión de Corpus Cristi. Durante las liturgias sacramentales, nos movemos en procesión – la procesión hacia la pila bautismal con aquellos que van a ser bautizados, la procesión de boda, la procesión con el cuerpo en las liturgias de funeral. La forma en que efectuamos la procesión o participamos atentamente en forma visual en la procesión ayuda a dirigir nuestras mentes y corazones hacia Dios.

Signos – El gesto universal Católico que expresa mucho de nuestra plegaria, aún sin utilizar palabras, es **la señal de la cruz** que inicia y termina cada una de las liturgias, De hecho, la señal de la cruz inicia y termina todo lo que hacemos como católicos – desde la cruz que recibimos en nuestra frente durante el bautismo, hasta la cruz que se hace sobre nuestro cuerpo a la hora de nuestra muerte. Los signos ayudan a intensificar nuestras plegarias. Nosotros **golpeamos nuestro pecho** durante el acto de contrición; **señalamos nuestra mente, nuestros labios, y nuestros corazones** a la proclamación del Evangelio; nos inclinamos durante el Credo cuando recordamos las palabras de la Encarnación, inclinamos nuestras cabezas en reverencia antes de recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo, y cuando recibimos la bendición final. Nos **inclinamos hacia el altar**, el signo de Cristo, cuando entramos o abandonamos la Iglesia o si el tabernáculo está localizado en el santuario, hacemos una **genuflexión** de reverencia al entrar o salir de la Iglesia. Cuando realizamos esos signos de una manera completa y consciente, profundizan nuestras plegarias, como un pueblo que confía en Dios totalmente; en cuerpo, alma y espíritu.

Las Acciones de la Asamblea durante la Misa

La Constitución de la Sagrada Liturgia, nos recuerda que "Cada celebración litúrgica es una acción de Cristo en unión con su cuerpo, la Iglesia" (CSL #7) y que "... la completa, consciente, y activa participación .. es lo que debe ser considerado sobre todo lo demás" (CSL #14). ¿Cuáles deben ser entonces las acciones de la asamblea en la sagrada liturgia?

Nuestras acciones en la liturgia son:

Reunión – Todo lo que pasa antes de la primera lectura está dirigido a ayudarnos a reunirnos como comunidad católica de fe. El GIRM lo describe de esta manera: "Su (los ritos de introducción) propósito es asegurar que los fieles que se reúnen como uno solo, establezcan una comunión y se dispongan ellos mismos a escuchar adecuadamente la Palabra de Dios y celebrar la Eucaristía de una forma válida" (GIRM #46).

Escuchar – Esto es lo que hacemos la mayor parte del tiempo durante la primera parte principal de la Misa – La liturgia de la Palabra – que se extiende desde la proclamación de la primera lectura, hasta las plegarias de intercesión, sin embargo, esta manera de escuchar no es pasiva – hacemos algo: ponemos atención a la Palabra de Dios al ser proclamada por los lectores, cantores, diáconos o sacerdote. Prestamos atención al homilista en la manera en que él aplica la palabra de Dios a nuestro tiempo, a nuestro país y comunidad, a nuestras familias y a nosotros mismos. Ponemos atención mientras las plegarias de nuestro corazón se reflejan en la Oración de los Fieles, y piden a Dios que escuche nuestras plegarias. No somos "extraños, ni silenciosos espectadores", sino activos participantes, escuchando con atención, reflexionando en silencio, respondiendo con palabras y cantos. La Palabra de Dios guía nuestras acciones esta semana y todos los días de nuestra vida.

Alabar y Agradecer – Esto es lo que hacemos en "la parte central y cúspide de la completa celebración...la Oración Eucarística, la oración

de gracias y la santificación" (GIRM #78) . Somos invitados por el celebrante a elevar nuestros corazones y a dar gracias a Dios y alabarlo. Mientras el celebrante enumera las maneras en que Dios nos ha bendecido, especialmente al concedernos el don de su hijo, Jesús, somos llamados a cantar con los ángeles y con los santos, "Santo, Santo". Mientras el celebrante realiza el ofertorio del pan y el vino al Padre, ora para que sean transformados en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Y también ora para que nosotros seamos transformados en el Cuerpo y la Sangre de Cristo para el mundo. Mientras el celebrante nos ayuda a recordar y hacer presentes hoy los preciosos dones de la vida, muerte y resurrección de Jesús, somos llamados a cantar a Jesús una de las aclamaciones designadas, "Por tu cruz y resurrección, nos has salvado Señor. ¡Tú eres el salvador del mundo!". Concluimos nuestras alabanzas y agradecimiento al Padre por medio de la alabanza al Hijo y al Espíritu Santo, a lo que aclamamos, "¡Amén, Amén!"

Partir y Compartir – Ahora estamos listos para consumir la liturgia. "A través de la fracción del pan y de la Comunión, los fieles, aún siendo muchos, reciben de un solo pan el Cuerpo de Cristo, y de un solo cáliz la Sangre de Cristo; de la misma manera que los Apóstoles los recibieron de las propias manos de Cristo" (GIRM #72). Al compartir en la Sagrada Comunión afirmamos nuestra unidad con el cuerpo de Cristo. Esta unidad es expresada en la reverente manera en que realizamos la procesión para compartir el sagrado Cuerpo y Sangre, en la manera en que cantamos los Salmos de la Comunión y los himnos y cánticos, en la manera en que compartimos en silencio sagrado después de haberlos recibido.

Saliendo al público – Nuestra acción final es ir y enviarnos uno al otro hacia el mundo para ser el Cuerpo y la Sangre de Cristo para los demás y para el mundo dividido. Esta es la misión y el llamado para todos los Católicos.

Los Ritos Introdutorios de la Misa

En el curso de los siguientes artículos, describiremos las diversas partes de la misa para asegurarnos que entendemos su propósito y nuestro papel como participantes activos y conscientes en la Sagrada Liturgia.

El propósito de los Ritos de Introducción es "...que los fieles, quienes vienen como individuos, establezcan una comunión y se dispongan a sí mismos a escuchar la palabra de Dios y a celebrar la Eucaristía apropiadamente" (GIRM #46). Así pues, todo lo que viene antes de la Liturgia de la Palabra intenta ayudarnos a unirnos como una comunidad y a prepararnos para celebrar los Sagrados Misterios.

¿Cómo se prepara usted y su familia para estar listo para la Misa? Algunas personas leen y reflexionan sobre las escrituras de la Misa antes de llegar a la Iglesia. Otros se abstienen de ver televisión o escuchar radio los domingos por la mañana. Otros se encargan de despertar a todos temprano para evitar el estar apresurados y dejar de preocuparse por las crisis de último minuto. ¿Se prepara usted para llegar temprano, no solo a tiempo?, o ¿llega tarde o solo justo a tiempo que ya no tiene tiempo suficiente de llegar a formar uno con la comunidad y prepararse para la Misa?

Cuando usted llega a la Iglesia, ¿Cómo se integra a la comunidad en Cristo? ¿Reconoce la presencia de Cristo en los demás al saludarlos en el estacionamiento, o en la entrada de la Iglesia? ¿Reconoce a Cristo en aquellos sentados cerca de usted? ¿Participa en el ensayo de los cantos para prepararse a celebrar activamente la liturgia?

Cuando usted entra al espacio del santuario, ¿Reconoce la presencia de

Cristo haciendo una genuflexión a su presencia en el tabernáculo si el tabernáculo está presente en el santuario, o haciendo una reverencia completa (desde la cintura) a su presencia simbolizada en el altar si el tabernáculo no está presente? La manera en que nos reunimos antes de la Misa nos prepara para lo que seguirá.

Cuando la procesión de entrada inicia, nos ponemos de pie y nos unimos en un canto. El propósito del canto en ese momento "...es el abrir la celebración, dar lugar a la unidad de aquellos que se han reunido, presentar sus pensamientos al misterio de la estación litúrgica o festividad, y acompañar la procesión del sacerdote y los ministros" (GIRM #47).

Una vez que nos hemos unido en el canto inicial, afirmamos nuestra unidad en Cristo al hacer la señal de la cruz sobre nosotros mismos. Después del saludo litúrgico del celebrante, se nos pide, ya sea recordar la misericordia de Dios a través de un acto de penitencia, o recordar nuestro bautismo en Cristo a través de la bendición y el rociar del agua bendita. Durante los domingos fuera de la Cuaresma y del Adviento, cantamos el Gloria, un himno antiguo de alabanza. Esto es seguido por la Oración de Apertura, en la cual oramos a Dios el Padre y somos llamados a enfocarnos en el carácter especial de la celebración. Afirmamos esta oración al aclamar "Amen"

Estos ritos introductorios son importantes porque nos enfocan hacia nuestra oración comunal en Cristo y nos preparan para escuchar la palabra de Dios. Llegue temprano. ¡Esté preparado para unirse a su familia Cristiana en oración!

La Liturgia de la Palabra – (Parte I)

La Liturgia de la Palabra es la parte principal de la Misa. La tarea de la asamblea reunida en este punto de la liturgia consiste en escuchar con reverencia y atención. La Liturgia de la Palabra inicia con la Primera Lectura y termina con la Oración de los Fieles.

El poder de la palabra hablada llega a su cúspide cuando esa palabra es la Palabra de Dios. Leída en comunidad, la Palabra se sostiene por su propia dignidad y está marcada con el poder que alcanza a los corazones y a las almas de aquellos reunidos que han venido a **escuchar y oír** lo que Dios habla a ellos, tanto en forma individual como en comunidad. Cuando Dios dijo, "¡Hágase la Luz!" y la luz se hizo- ¡Esa fue una palabra poderosa! Es esa poderosa Palabra la que queremos encontrar en la Liturgia de la Palabra. Las palabras poderosas que Cristo nos habla en la Misa tienen el objetivo de cambiar cosas, cambiarnos a nosotros, cambiar los corazones y las vidas de todos aquellos que las escuchan.

En el pasado, los Católicos se acostumbraron a "recitar la Misa" cuando el celebrante hablaba en Latín y lo seguían en los misales. Pero ahora la Misa se celebra en Español / Inglés y muchos otros idiomas, y podemos confiadamente poner a un lado nuestros misales y devotamente poner atención a la palabra que está siendo proclamada. "Leer" y "escuchar atentamente" son actividades muy diferentes y comúnmente tienen diferentes resultados. Cuando yo tengo mi propia copia del texto en la mano, no dependo de la proclamación de la Palabra de Dios a la comunidad. Yo soy independiente. Puedo leerla más rápido o más despacio que el lector, puedo leerla hacia atrás o hacia delante; ¡puedo leer algo diferente totalmente, si yo lo deseo así! Yo tengo el

control de la Palabra. Pero, si estoy en Misa para un encuentro espiritual con la Palabra Viviente de Dios, entonces debo otorgarle el control a Dios. Debo dejar que Dios hable a través de la proclamación de las Escrituras. Si Cristo estuviese físicamente presente con su manto y sus sandalias y hablándonos en la Misa, ¿osaría alguno de nosotros seguir el misal? ¡Ciertamente no! Estamos llamados a escuchar atentamente la Palabra de Dios y permitir que la Palabra nos forme, desafíe, conforte y abraze.

"Cuando las Sagradas Escrituras se leen en la Iglesia, Dios mismo está hablando al pueblo, y Cristo, presente en sus propias palabras, proclama el Evangelio. Por tanto, todos deben escuchar con reverencia a las lecturas de la Palabra de Dios, porque forman un elemento de gran importancia en la Liturgia" (GIRM #29).

La manera en que nosotros cristianos contamos nuestra historia en la liturgia, tiene mucho que ver con el estilo de los contadores de historias de las comunidades Judías del tiempo de Jesús. Las Escrituras del Antiguo Testamento contienen todo tipo de literatura – narrativa, poesía, profecía, leyes y demás. Estas fueron proclamadas en la sinagoga, escuchadas por judíos devotos, incluyendo a Jesús; y discutidas entre todos para su entendimiento e implicación en la vida Judía. Las Escrituras del Nuevo Testamento contienen principalmente cartas y narrativas escritas para las primeras comunidades Cristianas, tratando de recordar la vida y ministerio de Jesús y aplicar sus enseñanzas en sus vidas. Todas estas escrituras juntas constituyen nuestra rica historia de fe.

Liturgia de la Palabra – Parte II

Para prepararnos a escuchar la Palabra de Dios, tanto con nuestra mente como con nuestro corazón, la Iglesia pide una quietud reverente y periodos de silencio durante la Liturgia de la Palabra, para que tengamos un tiempo de reflexión en lo que hemos escuchado. "La Liturgia de la Palabra debe ser celebrada de tal forma que promueva la meditación, por lo que cualquier clase de distracción que impida el recogimiento deberá ser evitada. Durante la Liturgia de la Palabra, es también apropiado el incluir breves periodos de silencio, adaptados a la asamblea reunida, en los cuales, por inspiración del Espíritu Santo, la Palabra de Dios pueda alcanzar los corazones y una respuesta a través de la oración pueda ser preparada (GIRM #56)

Dos maneras en las que la liturgia nos proporciona una oración de respuesta a la Palabra de Dios son por medio de la oración del Salmo Responsorial y de la Oración de los Fieles.

El Salmo Responsorial, tomado de las escrituras del Antiguo Testamento, permite que la asamblea responda a través de la meditación en la Palabra de Dios. "Es preferible que el Salmo Responsorial sea cantado..."

(GIRM #61). El cantar el salmo, involucra no solo nuestras mentes, sino también nuestro espíritu en la oración. Cuando cantamos, "¡Este es el Día que el Señor ha hecho, regocijémonos y seamos felices!" o "Mi alma esta sedienta de Ti, oh Señor mi Dios", elevamos nuestro ser entero en oración. "Después de la primera lectura sigue el Salmo Responsorial, que es la parte integral de la Liturgia de la Palabra y tiene gran importancia litúrgica y pastoral, porque propicia la meditación en la Palabra de Dios" (GIRM #61)

Otra forma en que la liturgia nos proporciona la oportunidad de una oración de respuesta a la Palabra de Dios es a través de la Oración de los Fieles. Aquí la asamblea compone sus propias plegarias por las necesidades de la Iglesia, el mundo, los oprimidos, los enfermos, los moribundos, y otras necesidades en particular de la comunidad de la parroquia. Estas plegarias surgen de la escritura del día y de las necesidades de la comunidad y del mundo. Cuando oramos, "Señor escucha nuestra oración", pedimos una transformación de nosotros mismos y del mundo, para que la gente escuche la Palabra de Dios y la viva en su vida diaria.

La Liturgia de la Eucaristía

Algunos de nosotros recordamos el tiempo en que los Católicos pensábamos que siempre y cuando llegáramos a Misa para el principio de la Liturgia de la Eucaristía, cumplíamos con nuestra obligación dominical. La Iglesia piensa ahora de una manera diferente. Desde 1963, la Constitución de la Sagrada Liturgia nos llama a una participación más completa dentro de la Misa. “Las dos partes ...que forman la Misa, la liturgia de la Palabra y la Liturgia de la Eucaristía, están tan conectadas entre sí, que juntas forman un simple acto de alabanza. De acuerdo a esto, este Concilio pide a los pastores que en su catequesis, enseñen insistentemente a los fieles a tomar parte en la Misa completa...” (CSL #56).

La **Liturgia de la Eucaristía** se compone de dos partes principales: **Oración Eucarística** y el **Rito de la Comunión**. Un pequeño rito de preparación precede a la Oración Eucarística. La Iglesia ha dividido la celebración completa de la liturgia de la Eucaristía en diferentes partes correspondiendo con las palabras y las acciones de Cristo. “Jesucristo **tomó** el pan y el cáliz y **dio gracias**; lo **partió** y lo **dio** a sus discípulos diciendo: “Toman y coman todos de él; éste es mi Cuerpo, esta es la copa de mi Sangre; hagan esto en memoria mía” (GIRM #72).

- En la preparación de las ofrendas, solamente el pan y el vino deben llevarse a la mesa del altar, esto es, los mismos elementos que Cristo **tomó** en sus manos. Ningún otro elemento, a excepción de dinero u ofrendas para los pobres son presentados en este tiempo.

- En la Oración Eucarística, **Alabanza y gracias son dadas** a Dios por su grandiosa obra de salvación, y especialmente por el regalo y el sacrificio de la vida, muerte y resurrección de Cristo. Las ofrendas del pan y el vino, a través del poder del Espíritu Santo, son transformadas en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Nosotros también oramos para que seamos transformados en el Cuerpo y la Sangre de Cristo para la vida del mundo.
- Al **partir** el pan y al **compartir** la Santa Comunión, el pueblo de Dios, aunque numeroso, recibe de un mismo pan, el Cuerpo del Señor, y de una sola copa, Su Sangre.

Tomar, dar gracias, partir y servir, comer y beber. Esto es lo que todos nosotros hacemos en la Misa como creyentes bautizados en Cristo. Esto es también lo que somos llamados a hacer en el mundo. Cuando participamos en el sacrificio de la Misa, renovamos nuestro llamado a la misión. Un liturgista lo explica bien, “...el sacrificio de la cruz revela e inaugura la misión del pueblo de Dios de anunciar las buenas nuevas en palabra y en acción al darse a sí mismo por otros.”

Así que, nuestra participación consciente y activa en la liturgia de la Eucaristía nos acerca más profundamente al Cuerpo de Cristo, y por lo tanto, no llama a imitar la misión auto-sacrificadora de Cristo hacia el mundo.

La Oración Eucarística

La Oración Eucarística, la gran oración de alabanza y acción de gracias a Dios, es la oración central de toda la Misa. La acción de alabanza y de gracias a Dios es la acción de Cristo, juntamente con su Cuerpo, la Iglesia.

Esta oración inicia con el celebrante llamando a la asamblea a levantar sus corazones hacia el Señor porque es justo darle a Dios gracias y alabanza. Desde el principio de esta oración, somos llamados a involucrarnos. Cuando levantamos nuestros corazones a Dios, ponemos atención a la oración dicha en nuestro nombre. Cuando levantamos nuestros corazones, nos unimos a los ángeles y a los santos en su canto de gozo, proclamamos el misterio de nuestra fe en canto, y cantamos “Amen”.

Escuchemos cuidadosamente la Oración Eucarística. La oración de gracias y alabanza es ofrecida al Padre por Cristo y su Iglesia. “Te traemos estas ofrendas, ...Te pedimos, te ofrecemos...”. Esto significa que nosotros nos unimos y nos ofrecemos a nosotros mismos en el sacrificio de la pasión, muerte y resurrección de Cristo. Renovamos nuestro compromiso bautismal a morir y resucitar con Cristo en la manera en que vivimos nuestras vidas. Renovamos nuestro llamado a la misión – a sacrificarnos a nosotros mismos por otros en verdad y en justicia para que el reino de Dios sea establecido. Al unimos nosotros mismos en el sacrificio de Cristo nos comprometemos más allá de una pasiva receptividad al arduo trabajo de edificar el reino de Dios. Así aclamamos: “Cuando comemos de este pan, y bebemos de este vino,

proclamamos tu muerte Señor hasta que vuelvas” u otra de las aclamaciones designadas. “La intención de la Iglesia...es que los fieles no solo ofrezcan un sacrificio sin mancha (Cristo) al Padre , sino que también aprendan a ofrecerse a sí mismos, día a día para que sea consumada, a través de Cristo el Mediador, la unión con Dios y con los demás, para que al fin Dios pueda ser todo en todos” (GIRM #79).

La adaptación de los EU del GIRM revisado llama a la asamblea a ponerse de pie desde el principio del Prefacio de la Oración Eucarística, a través del canto del Santo/Sanctus, y a arrodillarse durante la Oración Eucarística desde después del Santo/Sanctus hasta haber terminado de cantar el Amen. Si la asamblea no puede arrodillarse por razones de salud, falta de espacio, gran número de personas presentes, o alguna otra razón válida, deberán hacer una profunda reverencia después de las palabras de institución, “Este es mi Cuerpo... Esta es mi Sangre... sean dichas.

La Oración Eucarística es la acción conjunta de la asamblea con su cabeza, Jesucristo. Esto debe quedar claro en la manera en que oramos. Los celebrantes y la asamblea deben expresar su alabanza y acción de gracias con una actitud de gratitud. La asamblea debe escuchar atentamente a la oración, teniendo presente su ofrenda propia junto con Cristo. Los celebrantes deben recitar la oración en una forma significativa, de corazón, para que todos puedan escucharla y involucrarse en la acción salvadora de Jesucristo.

El Rito de la Comunión

El Rito de la comunión inicia con el Padre Nuestro. “ En el Padre Nuestro se hace una petición por el pan de cada día, que para los Cristianos significa principalmente el pan Eucarístico, y también por la purificación del pecado, para que lo que sea santo, pueda, de hecho ser dado a aquellos que son santos” (GIRM #81).

A continuación sigue el signo de la paz. Este no es un saludo secular, no es un “Hola, ¿cómo estás?” Ni es una oportunidad para hablar con aquellos que no pudimos saludar cuando llegamos a la iglesia. No es un duplicado del rito de reunión. Extendemos unos a otros un signo de la Paz de Cristo, no nuestra paz, pues algunas veces no tenemos paz nosotros mismos para darla. En su carta llamada El reto de la Paz: La Promesa de Dios y Nuestra Respuesta, los Obispos de los Estados Unidos escribieron:

“Exhortamos a cada Católico a llevar a cabo el signo de la paz en la Misa como un auténtico signo de nuestra reconciliación con Dios y con los demás. El signo de la paz es también un símbolo visible de nuestro compromiso por la paz como comunidad Cristiana. Nos acercamos a la mesa del Señor solamente después de habernos dedicado a nosotros mismos como una comunidad Cristiana a la paz y a la reconciliación.”

Siguiendo el signo de la paz, el pan Eucarístico es partido y el vino sagrado es servido mientras la asamblea canta la letanía del “Cordero de Dios”.

Después de que el celebrante hace la invitación a comer y beber, y después de nuestra respuesta como asamblea, la procesión de la Comunión inicia, y con ella, todos nos unimos en el canto de la Comunión. Este no es un tiempo para la oración privada o el silencio. Es un tiempo para expresar nuestra unión con el Señor al unir nuestras voces en la oración cantada mientras nos acercamos a compartir y a recibir su Cuerpo y su Sangre y mientras regresamos a nuestros lugares y otros continúan recibiendo la Comunión.

Después de que todos han recibido la Comunión, puede seguir un silencio comunal. El Rito de la Comunión termina con la Oración después de la Comunión hecha por el celebrante en nombre de todos nosotros.

El acto comunitario de la Sagrada Comunión es la más perfecta participación en la celebración Eucarística

Recepción de la Santa Comunión durante la Misa

La mayoría de nosotros entendemos las enseñanzas de la Iglesia en cuanto a la preparación para recibir la Sagrada Comunión. Recordamos que debemos abstenernos de alimentos sólidos por una hora antes de recibir la Sagrada Comunión para prepararnos a ser alimentados. También entendemos que debemos estar en unión con Cristo y con su Iglesia para recibir la Santa Eucaristía. Esto significa que debemos ser bautizados dentro de la Iglesia Católica y no estar en estado de pecado serio. Aquellos que estén conscientes de estar en serio pecado deberán buscar el sacramento de la Reconciliación para ser merecedores de la Sagrada comunión.

El Cardenal Joseph Bernardin, en su Carta Pastoral Guía para la Asamblea, lo explica bien: “antes de acercarnos decimos, “Señor, no soy digno.” Nunca somos dignos de su mesa, es por la gracia de Dios y su don. Aún así, nos acercamos. Este es el alimento para la jornada que iniciamos con nuestro bautismo. Podemos comer de él cuando estamos cansados, cuando estamos desanimados, aún cuando hemos fallado. Pero no cuando hemos olvidado la iglesia, olvidado que empezamos en la fuente: no cuando hemos abandonado nuestra lucha en contra del mal y permanecemos sin arrepentirnos por haberlo hecho así. Examinemos nuestras vidas honestamente antes de acercarnos a la Eucaristía. Dignos, ninguno de nosotros lo somos, pero debidamente preparados cada uno debemos de estar.

Cristo, presente en la Eucaristía y en nosotros, nos llama a ser una santa

Comunión, a crecer en amor y santidad para el bien de todos.”

Cuando nos acercamos a compartir la Sagrada Eucaristía, lo hacemos en procesión, como el Cuerpo de Cristo. Lo hacemos como una Iglesia peregrina, el cuerpo de aquellos que creen en Cristo, en su camino hacia la celestial Jerusalén. De hecho, cada vez que avanzamos juntos para recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo, nos unimos al incontable número de todos aquellos que han sido bautizados y que se han ido antes que nosotros. Nuestros seres queridos, los santos a través de los tiempos, todos peregrinos y creyentes

El cantar el canto de la Comunión apoya nuestra unidad en Cristo. Para algunos, sin embargo, el cantar este canto significa una intrusión a su propia oración. Aún así, este canto es una oración, la oración de acción de gracias de los miembros del Cuerpo de Cristo unidos todos en el Señor. Una y otra vez las oraciones de la liturgia y las normas de GIRM enfatizan esta teología fundamental de la unidad de los bautizados, enfatizando que cuando nos reunimos para participar en la celebración Eucarística, llegamos no como individuos, sino como miembros unidos del Cuerpo de Cristo.

Puede ser difícil para algunos de nosotros aceptar este énfasis en la Misa como la acción de la comunidad en lugar de un acto individual de mi propia fe y piedad, pero es importante que hagamos un esfuerzo por hacerlo así. Esto puede ser parte del sacrificio al cual hemos sido llamados. En la liturgia sacrificamos nuestras preferencias personales por el bien de la comunidad total, que es la Iglesia.

La Postura y Signos de Reverencia para la Sagrada Comunión

El permanecer de pie para recibir la Sagrada comunión, una costumbre ancestral practicada en la Iglesia Oriental y Occidental, fue restaurada en las reformas litúrgicas del Vaticano II. Así como permanecemos de pie en reverencia y gozo para recibir la Palabra de Dios en el Evangelio, de igual manera permanecemos de pie en reverencia y gozo para recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo en la Sagrada Comunión.

El GIRM revisado permite que los obispos de cada país escojan la postura apropiada para recibir la comunión. Los obispos de los Estados Unidos han decidido retener la postura ancestral de permanecer de pie como la postura para recibir la Sagrada Comunión. El GIRM no está de acuerdo con la postura de hacer una genuflexión o de arrodillarse en el momento de recibir la comunión. “La norma para recibir la Sagrada Comunión en las diócesis de los Estados Unidos es estando de pie. No se puede negar la Comunión a las personas que se arrodillen. En lugar de eso, pastoralmente se puede incluir una catequesis que explique las razones de esta norma” (GIRM #160). Además, los Obispos de los EU han añadido una simple inclinación de la cabeza como un signo adicional de reverencia antes de recibir la Comunión y de nuevo antes de recibir la Preciosa Sangre, Esta reverencia no debe retrasar la distribución de la Sagrada Comunión.

Así que, al acercarnos a recibir la Sagrada Comunión, inclinamos nuestra cabeza en reverencia, levantamos después nuestra vista para mirar al Señor en la representación del pan Eucarístico. El ministro de comunión dice: “El Cuerpo de Cristo” y nosotros respondemos con un firme y audible “Amen” Entonces continuamos al proceso con la copa

sagrada, donde repetimos la reverencia y nuestra respuesta.

Mientras recibimos a nuestro Señor, total y completamente, ya sea que comamos su cuerpo o bebamos su sangre, “...el compartir en ambas especies Eucarísticas refleja más completamente la sagrada realidad acerca de lo que la Liturgia significa” (US Norms #11).

La edición revisada del GIRM mantiene la opción de que las personas puedan recibir el Cuerpo de Cristo en su mano o directamente en su lengua. Esta es la opción de quien recibe la comunión, no del ministro.

Cuando recibimos la comunión en la mano, colocamos una mano sobre la otra, con las palmas hacia arriba, creando un trono para Cristo. Entonces nos hacemos a un lado y colocamos la hostia en nuestra boca y la consumimos. No es correcto que la persona que recibe comunión mantenga la hostia en su mano y se la lleve a consumir hasta su lugar. Tampoco es correcto que la persona sumerja la hostia consagrada en la Preciosa Sangre de Cristo por sí misma.

Cuando recibimos la Preciosa Sangre, después de inclinar nuestra cabeza y responder “Amen”, la persona que recibe la comunión toma la copa de la Preciosa Sangre, bebe de ella, y la regresa al ministro, quien limpia la parte de afuera y de adentro del borde de la copa con un purificador y la gira un cuarto de círculo para prepararla para la siguiente persona.

La procesión, el canto, el estar de pie, el formar un trono para Cristo, el comer y beber – estas son las posturas, los signos y las acciones que dan cuerpo a las celebraciones comunitarias de la Sagrada Comunión

El Rito de Conclusión

El Rito de Conclusión de la Misa es muy corto, sin embargo, es el que nos envía a ser el Cuerpo y la Sangre de Cristo unos para otros en el mundo.

Es importante que recordemos que la última oración de la Misa es la oración después de la Comunión. Es parte del Rito de la Comunión. No es una oración de conclusión y no es el principio del Rito de Conclusión.

El Rito de Conclusión inicia con los anuncios parroquiales, si es que hay algunos que deben ser dichos en lugar de ponerlos en el boletín parroquial.

Entonces recibimos una bendición para nuestra jornada. Algunas veces esto es hecho en una forma simple. Durante las estaciones del año de la Iglesia y en ocasiones especiales, esta bendición se hace en una forma más solemne. En estas ocasiones, inclinamos nuestra cabeza y pausamos en silencio para pedir la Bendición de Dios. Entonces concluimos como empezamos, haciendo en nosotros mismos la Señal de la Cruz.

Entonces somos despedidos-enviados, por el diácono o el celebrante. La palabra "Misa" significa "envío" o "misión". Lo que hemos hecho en esta liturgia, debemos hacer ahora en el mundo.

Nuevamente, el Cardenal Bernardin lo explica bien: " la despedida de la asamblea es como partir el pan. Nos hemos convertido en el 'pan de la vida' y en la 'copa de bendiciones' para el mundo. Ahora nos separamos, nos partimos, distribuyéndonos para ser la vida del mundo. ¿Qué hacemos en casa, en el trabajo, en las comidas? ¿Qué hacemos de nuestro tiempo, nuestras palabras, nuestras acciones, nuestros recursos de todo tipo? Eso es lo que cuenta."

Ya sea que cantemos un canto de despedida, o salgamos con música instrumental o del coro, o en silencio, sabemos que nuestro trabajo como Cristianos acaba de empezar. Como nos lo recuerda la Constitución de la Sagrada Liturgia, "La liturgia no abarca la total actividad de la Iglesia" (CSL #9). Nos da un ensayo de lo que debemos ser y de cómo debemos ser en el mundo.

El rabí judío Abraham Joshua Heschel nos otorga el reto de todos los que creemos en Dios. "Nuestro problema es cómo vivir lo que oramos, cómo hacer de nuestras vidas un comentario diario en nuestro libro de oración, cómo vivir en concordancia con lo que prometemos, cómo mantener la fe con la visión de lo que pronunciamos."

Los Ministerios Litúrgicos

Uno de los principios que guiaron la renovación de la liturgia después del Concilio Vaticano II fue el de crear una “más completa, mas activa y más consciente participación de todos” aquellos que se reúnen para celebrar la liturgia. No solamente el sacerdote, sino todos los presentes están ahora más activamente involucrados en la que pasa en la Misa y en otras celebraciones litúrgicas. Por nuestro bautismo, ya no somos observadores pacíficos, sino que tenemos tanto el derecho como la responsabilidad de ser participantes activos en lo que pasa en la liturgia (CSL #14)

Una de las formas en que las personas laicas podemos ahora estar más activamente involucradas es a través de los diversos ministerios litúrgicos disponibles para nosotros. Estos incluyen lectores, servidores del altar, miembros del coro, cantores, instrumentalistas, ministros extraordinarios de la eucaristía, ministros de hospitalidad, sacristanes, aquellos que preparan la iglesia limpiándola y decorándola, los organizadores de la liturgia y otros.

Para que ocurra una liturgia viva, y dadora de vida, se necesitan muchos servicios. Ambas, La Constitución de la Sagrada Liturgia (#28) y La Instrucción General del Misal Romano (#91) piden que cada ministerio sea realizado por una persona diferente. Por ejemplo, en una liturgia, un lector no debe ser también un servidor del altar, ni un miembro del coro puede ser también un ministro de hospitalidad. Esto permite que más personas compartan su tiempo y talento en el servicio de la liturgia. También aclara quien está sirviendo en qué papel.

Aquellos que sirven en estos ministerios lo hacen como una forma de ofrecerse a sí mismos, para que la alabanza de todos pueda ser mejor. No lo hacen para recibir un reconocimiento personal, ni para ser vistos de alguna manera como alguien mejor que otro participante de la alabanza. (GIRM #95).

Cada ministro tiene ciertas funciones que llevar a cabo, de acuerdo a las normas de la iglesia. Algunas de estas normas tienen que ver con la iglesia entera en el mundo y otras con una diócesis o parroquia en particular.

Todas las normas, sin embargo, tienen el propósito de ayudar a la comunidad entera a alabar a Dios en una forma más amorosa e intensa.

Antes de empezar a servir en alguna forma en la liturgia, cada ministro debe llenar dos requisitos. Uno de estos es que él o ella estén respondiendo a un llamado de Dios a servir en un ministerio en particular en ese momento. No todas las personas en una parroquia son llamadas al mismo tiempo ni en la misma forma para cierto ministerio. Dios respeta las responsabilidades que tenemos con nuestras familias y nuestras demás obligaciones en nuestras vidas e invita a ministrar a aquellos que están listos a servir y a crecer por el servir.

Un segundo requerimiento es que los ministros estén preparados para su ministerio. Ellos reciben entrenamiento en los diferentes aspectos del servir como lector, cantor o ministro extraordinario de la eucaristía. Junto con este entrenamiento, ellos reciben actualizaciones periódicas en cuanto a su ministerio y a su fe. Hacen esto al asistir a retiros ocasionales o días de reflexión, leyendo libros y artículos acerca de la espiritualidad, tal vez perteneciendo a un grupo de oración o grupo para compartir las escrituras, cualquier cosa que les pueda ayudar a crecer en su fe como Católicos Cristianos. Entonces ellos podrán servir mejor a su comunidad en la cual comparten su tiempo, sus tesoros y sus talentos como ministros litúrgicos.

Aún cuando los ministros sientan la necesidad de tomar un “sabático” (descanso) de algún ministerio en especial, continúan siendo participantes activos en cada liturgia en la cual toman parte. Ellos oran, cantan, junto con el celebrante, los ministros litúrgicos y la comunidad entera. Por ello, permanecen siendo participantes completamente activos en la liturgia.

Cruz o Crucifijo

Cuando venimos a celebrar la liturgia, traemos los sufrimientos de nuestras vidas, el de nuestras familias, de nuestra iglesia, y del mundo. Nos juntamos a celebrar el misterio pascual y para dar gracias por la obra salvadora de Cristo en nuestras vidas. Cuando empezamos a orar juntos, nos marcamos a nosotros mismos con el signo de la cruz, un signo de nuestra unión con Cristo y con los demás. El símbolo de la cruz y la imagen de Cristo crucificado puede ser la señal más prominente de nuestra fe. Usamos un crucifijo alrededor de nuestro cuello, lo encontramos en nuestras casas y adornando nuestro rosario.

El crucifijo no siempre ha sido un símbolo tan importante. En la iglesia primitiva, las imágenes de un Cristo victorioso o como el Buen Pastor eran comunes. La imagen de un Cristo rey, con corona y túnicas moradas, sentado en gloria, se veían constantemente. No fue sino hasta el cuarto siglo que la cruz se convirtió en una imagen común del arte Cristiano. Siglos después, en los años 1100, el crucifijo, con una imagen más realista del sufrimiento de Cristo se hizo más común.

Después de la Reforma y de los esfuerzos por reforzar los elementos principales de las creencias católicas, el crucifijo llegó a ser una imagen prominente y central en el santuario de los edificios de las iglesias Católicas. Por más de 400 años, el crucifijo estaba localizado sobre, o arriba de la mesa del altar principal.

Después del Concilio Vaticano II, experimentamos muchos cambios en la liturgia y en los lugares de culto y adoración. La edición de 1975 de la Instrucción General del Misal Romano (GIRM) estableció que en la iglesia debiera de “haber una cruz, claramente

visible para la congregación, colocada sobre el altar o cerca de este”.

La palabra original en Latín “cruz” fue traducida en este pasaje simplemente como “cruz”. En algunos lugares, ésta fue interpretada para permitir variaciones en el crucifijo tradicional. Ejemplos de esto pueden ser encontrados en una simple cruz decorativa sin el cuerpo, una imagen del Cristo resucitado con la cruz, o del Cristo resucitado sin haber una cruz presente.

El GIRM revisado nos da una guía clara para el lugar del crucifijo en nuestras iglesias. El párrafo #308 nos dice que debe “haber una cruz, con la figura de Cristo crucificado en ella, ya sea en el altar o cerca de este, donde sea claramente visible a la congregación reunida.” En el mismo párrafo, somos también instruidos en esta forma: “Es apropiado que dicha cruz, la cual nos llama a pensar en la Pasión salvadora del Señor, permanezca cerca del altar aún fuera de las celebraciones litúrgicas.”, Si una iglesia no tiene una cruz con el cuerpo de Cristo sobre, o cerca del altar, se sugiere hacer planes para obtener una.

En el documento de los Obispos de los EU llamado Construido de Piedras Vivientes (Built of Living Stones) sobre arte y arquitectura para la alabanza leemos: “La cruz con la imagen de Cristo crucificado es un recordatorio del misterio pascual de Cristo. Nos conduce al misterio del sufrimiento y hace tangible nuestra creencia de que nuestro sufrimiento, cuando se une con la pasión y muerte de Cristo lleva a la redención” (#91).

El Lugar Para Reservar la Sagrada Eucaristía

En el curso de los últimos dos milenios, ha habido una amplia variedad de formas en que el Santísimo Sacramento se reserva. En la Iglesia primitiva Cristiana, el Santísimo Sacramento era típicamente llevado a casa de los miembros de la comunidad que no podían participar en la Eucaristía Dominical. El Sacramento normalmente se conservaba en una píxide (recipiente pequeño redondo, con tapa) envuelto en un lienzo en un canasto pequeño. La devoción hacia la Eucaristía reservada fue creciendo con el tiempo. Hoy, reservamos el pan consagrado para la adoración privada y la oración fuera de la liturgia Eucarística y para ser llevada a los enfermos y a los moribundos.

En las primeras basílicas, el Sacramento se mantenía en una píxide, o en un pequeño gabinete en la sacristía, o en un nicho en la pared. En el siglo cuarto, encontramos el primer recuento de lo que actualmente es el tabernáculo. Más tarde en el siglo noveno, encontramos un ejemplo temprano de un tabernáculo colocado en el altar.

En la iglesia medieval, la práctica común incluía el reservarlo en un pequeño gabinete en la pared cerca del santuario o construido en los retablos, o en un lugar propio llamado "Casa del Sacramento" o torre, que se sostenía por sí sola, en una paloma o en una píxide suspendida sobre el altar, y en un tabernáculo en la mesa del altar.

Después del Concilio de Trento, una uniformidad mayor se desarrolló. El tabernáculo empezó a ser colocado como regla en el centro del altar principal. Se convirtió en parte de la arquitectura y el edificio de la iglesia empezó a verse como el sitio para el tabernáculo.

En los años que siguieron al Vaticano II, mientras había una gran concentración en la renovación de la sagrada liturgia y en nuestra participación, una variedad de opciones surgieron de nuevo. Las Iglesias construidas antes del Concilio normalmente presentaban un reto especial. El encontrar un lugar adecuado para el tabernáculo cuando el altar fue retirado de la pared fue una tarea difícil, especialmente en las iglesias pequeñas.

En las nuevas iglesias, se construyeron pequeñas capillas para la oración íntima. Algunos de estos espacios para capillas separadas no estaban conectados a la parte principal de la iglesia.

Mientras que esos espacios se adaptaban bien a la oración devocional privada, no eran lo suficiente prominentes en el edificio de la iglesia.

En el nuevo Instructivo General del Misal Romano (GIRM), leemos que "el Santísimo Sacramento debe de ser reservado en un tabernáculo en una parte de la iglesia que sea verdaderamente noble, prominente, visible, bien decorada, y que conduzca a la oración." (GIRM #314) Deberá de haber sólo un tabernáculo en la iglesia, y éste deberá ser diseñado para proteger en su máxima expresión, al Sacramento reservado (GIRM #314)

El tabernáculo puede estar localizado "en el santuario, separado del altar de celebración" en una forma y lugar apropiado. (GIRM #315) El Documento de los Obispos de los EU, llamado *Built of Living Stones* (Construido de Piedras Vivas) (BLS), acerca de la construcción y renovación de los espacios de alabanza y adoración, nos dice que cuando esto se hace, se deberá usar suficiente distancia, luz controlada, o algún otro tipo de ayuda arquitectónica para mantener la atención en el altar, en el ambo y en la silla del celebrante durante la liturgia. (BLS # 80) El tabernáculo también puede estar localizado en un ambiente o "capilla que se adapte a la adoración privada de los fieles y a la oración que orgánicamente está conectada a la iglesia y fácilmente visible a los fieles Cristianos". (GIRM #315) El GIRM reafirma la autoridad del Obispo local en las decisiones en cuanto a la colocación del tabernáculo. (GIRM #315). El Arzobispo Michael Sheehan ha determinado que el tabernáculo normalmente se localice donde sea claramente visible para los que están en la iglesia.

"Cristo presente en las especies eucarísticas es un tesoro que la Iglesia ha llegado a apreciar y a reverenciar con el paso de los siglos". (BLS # 70) Un estudio cuidadoso y una consulta extensa se debe llevar a cabo cuando una parroquia planea cualquier renovación o construcción que pueda impactar la colocación del tabernáculo.

Mobiliario Litúrgico

La celebración de la liturgia Eucarística y de todos nuestros otros sacramentos requiere una variedad de mobiliario y decoraciones. Todo lo que usamos en la liturgia debe engrandecer, no disminuir la celebración. La Iglesia regula los particulares del mobiliario dentro de los templos porque este es un importante elemento del lugar en el que todos nos reunimos para la alabanza. Continuamente encontramos en nuestros santuarios piezas de mobiliario pobremente diseñadas. Con el tiempo, encontramos piezas que no coinciden con el resto del mobiliario, o que empiezan a mostrar el deterioro del tiempo y el uso.

En la edición revisada de la Instrucción General del Misal Romano (GIRM), leemos acerca de la importancia del diseño del espacio completo y de su mobiliario. “La decoración de la Iglesia debe contribuir hacia una noble simplicidad, en lugar de a la ostentación. Al escoger los materiales para las decoraciones de la iglesia se debe tomar en cuenta su originalidad y hacer que estas inviten al acogimiento y a la instrucción de los fieles, así como a la dignidad del espacio sagrado en su totalidad.” (GIRM # 292) La Instrucción General continúa y proporciona los requerimientos específicos para el mobiliario sagrado.

La Mesa del Altar: “El altar en el cual el Sacrificio de la Cruz se hace presente bajo los signos sacramentales es también la mesa del Señor hacia la cual el Pueblo de Dios es llamado a participar en la Misa; es también el centro de la acción de gracias que se lleva a cabo a través de la Eucaristía.” (GIRM #296) Es apropiado el tener una mesa de altar fija en cada iglesia (GIRM #298). Es mesa debe de soportarse por si sola y de alguna manera debe ser “el centro de atención al cual la congregación de fieles naturalmente fije su atención” durante la liturgia. La mesa del altar deberá ser hecha de “piedra natural” o de “madera que sea buena, sólida y bien tallada.” (GIRM #301) La Instrucción General también especifica los requerimientos y las recomendaciones para la colocación de las reliquias, el uso del manto del altar, el uso de las velas y la decoración del altar. Se requiere gran cuidado con todo lo relacionado con el altar, pues éste símbolo de Cristo es merecedor de nuestra reverencia y respeto.

El Ambón: “La dignidad de la palabra de Dios requiere que la iglesia tenga un lugar que sea apropiado para la proclamación de la palabra y hacia el cual la atención de la congregación completa se enfoque naturalmente durante la Liturgia de la Palabra.” El ambón deberá estar fijo y ser claramente visible a la asamblea. El ambón será reservado para la lectura de la escritura, el Salmo Responsorial, la proclamación del Exsultet durante la Pascua, para la homilía y para las oraciones de los fieles. (GIRM # 309). Se deberá prestar una atención cuidadosa para ofrecer un sistema de sonido confiable que permita a la congregación el escuchar la proclamación de la Palabra correctamente.

La Silla del Sacerdote Celebrante

El GIRM especifica que la silla del sacerdote “debe representar su oficio de presidir sobre la asamblea y de dirigir la oración.” También nos instruye que “el mejor lugar para la silla es en una posición con vista a la congregación en la parte principal del Santuario.” El GIRM advierte que la silla no debe ser colocada a gran distancia de la asamblea, o frente al tabernáculo. En el diseño y colocación de la silla, “toda apariencia de trono, sin embargo, debe ser evitada” (GIRM #310).

La Instrucción General del Misal Romano presenta nuestra tradición Católica de reverencia y respeto por todo el mobiliario litúrgico en nuestros templos. Cuando una parroquia planea renovar o cambiar cualquier parte de su mobiliario, se deberán revisar cuidadosamente las regulaciones y las guías ofrecidas por la Iglesia, tanto universal como diocesana. El GIRM, el documento de la Conferencia Católica llamado Built of Living Stones Art and Architecture for Worship, (Construido de Piedras Vivas: Arte y Arquitectura para la Alabanza) y el subcomité Arquidiocesano sobre el Ambiente y el Arte, son recursos importantes y de gran ayuda.

¿Qué otros cambios se pueden esperar en la Liturgia del Domingo?

Como resultado de la revisión de la Instrucción General sobre el Misal Romano, (GIRM) habrá algunos otros cambios que usted tal vez notará en la Liturgia Dominical.

Libro de los Evangelios– Tal vez usted note que el libro de los Evangelios será llevado en la procesión de entrada en lugar del Leccionario. Será llevado por el Diácono o por alguno de los lectores, si no hay diácono presente. Esto no es realmente un cambio del GIRM de 1969. El GIRM de 1969 estaba re-introduciendo una práctica que tenía historial precedente en los siglos séptimo y octavo. Sin embargo, en los años setenta, no hubo Libros de los Evangelios o Evangeliarios que valieran la pena en su presentación. Por eso, las parroquias los substituyeron por los Leccionarios, los cuales contenían todas las escrituras de los textos, no sólo de los Evangelios. En los últimos años, sin embargo, ediciones preciosas del Evangeliario han sido publicadas y ahora esas son las que se deben de usar. El Leccionario se colocará en el ambón o púlpito antes de que la Misa inicie. El Libro de los Evangelios o Evangeliario puede ser llevado en la procesión de entrada, o puesto en el altar antes de que la Misa inicie. (GIRM # 117, #120d)

Ministros Extraordinarios de la Sagrada Comunión– El GIRM revisado y las Normas de Estados Unidos para la Sagrada Comunión bajo Ambas Especies retiene la práctica de solicitar la asistencia de ministros extraordinarios de la Sagrada Comunión “cuando el tamaño de la congregación o la incapacidad del obispo, sacerdote o diácono lo requiera” (US Normas #28). Ellos pueden distribuir ya sea el Cuerpo Sagrado o la Preciosa Sangre del Señor. Ellos también pueden purificar los sagrados vasos ya sea inmediatamente después de la comunión o

inmediatamente después de la Misa. (Indulto de EU)

La Sagrada Comunión desde el Tabernáculo durante la Misa. “La forma más completa de participación en la Misa, por la cual los fieles, después de la comunión del sacerdote, reciben el Cuerpo de Cristo del mismo sacrificio es fuertemente recomendado” (Constitution on the Sacred Liturgy, CSL #55). Esto también es apoyado por el GIRM revisado, que establece que los fielesreciben el Cuerpo del Señor de las hostias consagradas en la misma Misa...para que aún a través de los signos, la Comunión sobresalte más claramente como una participación en el sacrificio que se está celebrando” (GIRM #85). Solamente en casos de necesidad, deberá la asamblea en Misa comulgar del sacramento reservado en el tabernáculo.

Hay varias razones por las cuales la Iglesia reserva la Eucaristía fuera de la Misa: para la adoración reverente a Cristo presente en el sacramento, para la administración del viaticum o comunión a los moribundos, para la comunión de los enfermos y si es necesario, para la comunión fuera de la Misa. El Sacramento Reservado no deberá ser usado durante la Misa.

Sentido de lo Sagrado – La revisión total del GIRM nos llama a la reverencia, a desarrollar un más profundo sentido de lo sagrado en nuestra oración comunal. La Liturgia es la fuente y la cima de nuestra vida como Católicos Cristianos. Dejemos que nuestras palabras y acciones, nuestras oraciones y nuestra música, nuestros espacios de alabanza y nuestro arte y mobiliario, sean dignos del profundo misterio que celebramos.